

—¡Es él!.... ahora no se me escapará; el diablo le arroja en mi camino.

—¿Qué haces, hombre? le dijo su amigo; ¿estás loco?

—¡Déjame matarle!.... es el seductor de mi hermana, gritó con sorda cólera abalanzándose á la portezuela del coche, donde asomaba la grave y serena figura del conde, que ocultaba con su cuerpo á Ildemaro.

—¡Pero Clodomiro!.... le dijo en ademán suplicante su amigo, ¿no ves que vas á producir un escándalo?

—¿Y qué me importa, si por su causa he perdido á mi hermana?....

—¡Caballero! exclamó el conde mandando detener el carruaje: modere V. su lenguaje, pues sin necesidad de gritos ni agravios, nos entenderemos.

—Con V. no; con ese jóven pintor que se oculta detrás de V.

—Este jóven es mi hijo; y yo soy el conde del Olivo; por lo tanto, suba V., si gusta, y hablaremos.

—¡El conde del Olivo!.... ¿y su hijo él?.... murmuró con asombro Clodomiro.

—Sí, señor, es mi padre; y ruego á V. no deseche su oferta, aceptando un asiento en nuestro carruaje, dijo Ildemaro con perfecta calma.

—Con mucho gusto, contestó inclinándose.

Luego, volviéndose hácia su amigo, le dijo:

—Pues hasta luego; esta noche nos veremos en el café.

—Corriente; te aguardo sin falta, y si me necesitas, cuenta conmigo.

—¡Mil gracias!.... no lo olvidaré, adios.

Dicho esto, montó, y el coche partió lentamente hácia la colonia de Santa Clara, segun indicó el conde al lacayo, que, sombrero en mano, esperaba sus órdenes.

El enojo de Clodomiro se disipó, como por encanto al hallarse frente á una persona tan respetable como el conde. La finura de éste y su lenguaje moderado le contuvieron aun mas; sin embargo, como habia proferido algunas palabras inconvenientes, no pu-

do menos de esclamar con aquella ligereza que formaba la base de su carácter:

—Estoy altamente resentido con este caballero, y al encontrarle á mano, quise castigar la ofensa que á mi familia ha inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que su madre de V. no ha dado las esplicaciones que debiera, despues de la escena que tuvo lugar en el aposento de Tránsito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!.... ¿qué esplicaciones debia dar?....

—En primer lugar, debió manifestar á V., por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desafiarse, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada, para que V. la respetase.

—¿Y por qué razon?.... interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicar á V.

—Veamos.

—Este caballero no pudo nunca ofender á Tránsito, ni V. debió mostrarse resentido, puesto que son hermanos.

—¡Cómo hermanos!....

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Tránsito, hijo de Cristina Guanter.

—¡Oh! ¡esto es aun mas horrible!.... ¿conque mi madre era la culpable..... y acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!.... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabía y se dejó arrebatar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solo esperaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su dama!....

—Es una historia larga, en la cual no debemos profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mí me conviene saber esto; interesa al honor de mi

familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus iracundas ideas le estravian, y casi estoy por pensar que está V. loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideracion ninguna en la sociedad.

—¡Caballero!.... ¡esto es un insulto que no sufriré!....

—Permítame una pregunta: ¿cuánto tiempo hace que falta V. de su casa?

—Unos ocho días; vengo en este momento.....

—¿Y aun no ha ido V. á ver á sus padres, ni en su ausencia ha tenido noticias suyas?

—No, señor.

—Ahora no extraño su lenguaje.

—¿Pues qué ha ocurrido en mi casa?

—¡Oh!.... ¡una cosa muy grave!.... debe V. prepararse á recibir un golpe cruel, y que habrá de dolerle mas siendo tan celoso de su honor.

—¿Conque entonces se trata del honor de mi familia?

—Sí, señor, que se halla perdido, completamente perdido.

La desesperacion del orgulloso primogénito era infinita, se mordea los puños con rãbia y esperaba lleno de ansiedad que el conde acabase de explicarle aquel funesto enigma.

Ildemaro le contemplaba con pena y hubiera hecho cualquier sacrificio, con tal de evitarle el mal rato que iba á pasar.

—¡Ea!.... señor conde, acabe V. de clavar el puñal en mi corazon; dígame claro y sin rodeos todo el fondo de mi desgracia.

—¡Oh! ¡es inmensa! le compadezco á V.

—Pero sepamos pronto qué es..... tengo valor para saberlo todo, aunque sea la muerte de toda mi familia!....

—No se trata de muerte, sino de honra, de posicion, de intereses..... repuso el conde queriendo prepararle suficientemente antes de anunciarle la infausta nueva.

—Y bien; sea lo que quiera, dígamelo V., ya escucho.

—La fatalidad pesa sobre ciertas familias, y mas cuando es-

tas llevan sobre su conciencia la negra mancha de un crimen....

—Y mi madre la llevaba por haber sido la querida de V., que quizá hoy la habrá deshonrado: ¡infames!....

—No, señor; este crimen es el único que se hubiera ignorado á no tener sus padres de V. sobre su conciencia otros mas graves.

—¿Mas graves aun?....

—Sí, señor; asesinaron al marqués de Blancarosa por heredar su título y sus bienes, hicieron desaparecer á su hija única Alejandrina y han disfrutado quince años los goces que les proporcionaba su espléndida cuanto costosa fortuna; pero como el delincuente halla tarde ó temprano su castigo, tenian ellos necesariamente que recibir el suyo.

El conde calló un momento, fatigado por el calor de la narracion; conociéndolo Ildemaro tomó la palabra y dijo con voz grave y triste:

—Ese crimen ha sido descubierto, la autoridad entiende en el asunto, habiendo sido preso el marqués y embargados todos los bienes, teniendo además de esta causa otra por deudas, porque se han presentado pagarés que ascienden á una suma enorme y que ellos solamente hubieran sido bastantes para arruinar á esa infeliz familia.

—¡Pero todo es cierto!.... ¡Dios mio!.... ¿no es un sueño horrible lo que escucho?... exclamó Clodomiro oprimiéndose la frente con ambas manos como si temiese por su razon.

—¡Pobre jóven!.... ¡duda V.! no es estraño; sin embargo, aun tiene que apurar una copa mas amarga.

—¿Cuál? ¿qué mas todavia? ¿qué mas?

—¡Infeliz!.... la de verse sin hogar, sin posicion, sin fortuna, sin familia, porque toda la suya á la primera señal de alarma se ha dispersado marchando cada cual por distinto camino.

—¿Conque no me queda nadie?

—¡Te queda un hermano y una hermana!.... exclamó Ildemaro abriendo los brazos.

—¡Oh! ¡gracias! dijo Clodomiro rechazándole: me recordarian siempre la deshonra de mi madre.

El generoso Ildemaro, vivamente ofendido en lo mas sensible de su alma por aquella repulsa, se retiró al fondo del carruaje.

El conde se apresuró á esclamar:

—Puesto que la proteccion y el amor de mi hijo le humilla, puede V. buscar el de sus abuelos maternos, en cuya casa vamos á detenernos ahora mismo, y donde ya se ha refugiado Tránsito.

—¡Otra estupenda noticia!.... no creo tener abuelos maternos; mi madre era huérfana.

—Os engañó; tiene padres, que vais á conocer ahora mismo.

Clodomiro se encogió de hombros y miró con asombro en torno suyo, contemplando con admiracion la bella colonia desconocida para él.

El carruaje se detuvo delante de la casa que habitaba Adalberto.

El anciano salió inmediatamente á recibirlos.

—Amigo mio, dijo el conde apeándose, pero sin cerrar la portezuela, como si tuviera ánimo de ocupar en seguida el carruaje. Vengo á traer á V. su nieto Clodomiro; ausente de su casa hace algun tiempo, ignora toda la estension de su desgracia, y duda que si ha perdido á sus padres, tiene aun abuelos en el mundo que le ofrezcan su amor y su proteccion.

Apenas pronunció el conde estas palabras, apareció Tránsito, arrojándose en los brazos de su hermano con una verdadera emocion.

—¡Hermano mio!.... ¡cuán desgraciados somos!.... le dijo llorando.

—¡Y yo que te creí culpable!.... perdóname; ahora voy dando crédito á lo que me han contado estos señores.

—Ven..... ven; yo te diré toda la estension de nuestro cruel infortunio, le dijo Tránsito haciéndole entrar y figurándose que tambien pasarian el conde y su hijo. Empero éste, vivamente ofendido por el desprecio que le manifestó Clodomiro, no quiso ni aun apearse del carruaje.

El conde, que leia en su alma como en un libro abierto, dijo al

anciano, que le manifestaba su estrañeza por aquella repentina marcha:

—Perdone V. si no nos detenemos; nos aguardan las niñas en la casa de curacion y no es cosa de hacerlas esperar. Adios; recomiendo á V. su nieto; ese jóven tiene muchos defectos de su madre; pero hay la fortuna de que su corazon no está completamente pervertido; si consigue V. dominarle, volverá al buen camino.

—¡Dios lo quiera!.... murmuró el anciano.

—¡Es muy orgulloso!.... y por desgracia muy fátuo.

El conde montó en el coche.

Ildemaro, que habia estado escribiendo con lápiz unas cuantas líneas en una tarjeta, se las dió á Adalberto, diciéndole:

—Abuelo mio: hágame V. el favor de dar esta tarjeta á Clodomiro.

—¿No quieres saludar á tu abuela ni á tu hermana?... le dijo el anciano.

—Discúlpeme V. con ellas; se lo ruego.

—Como gustes; adios, pues, hijo mio; adios, señor conde.

El carruaje partió.

Adalberto, de pié en el umbral de la puerta, le siguió con la vista hasta que desapareció; luego, fijándola en la tarjeta que tenia en la mano, leyó lo siguiente:

«Hermano mio: si algun dia necesitas un corazon que te ame, un brazo que te defienda y un bolsillo que parta contigo sus pocos ó muchos haberes, acuérdate que tienes un hermano, y que siempre que bajo este sagrado nombre demandes su cariño, te recibirá con los brazos abiertos.

Ildemaro.»



CAPITULO II.



Ilusion funesta.



CUANDO la señora de Mendoza, loca de alegría, corrió á su casa, donde la esperaba su hijo, Alejandrina, haciendo una ligera indicacion al doctor para que la siguiese, subió á su gabinete reservado, aquel donde rara vez entraba otra persona que ella misma.

Hallábase la lujosísima estancia espléndidamente iluminada con perfumadas bujías de color de rosa; por los entreabiertos balcones entraba una brisa ténue y fresca, muy grata para la enardecida frente de Alejandrina, que la recibia con placer.

Tanto era así, que abriendo un poco mas el balcon, cogió una silla y se sentó enfrente, teniendo sin embargo el precioso secreter, donde guardaba sus papeles mas interesantes, al alcance de su mano.

A una indicacion suya, el doctor, silencioso y sombrío como siempre, fué á sentarse en un divan inmediato.

—Ha llegado la hora, primo mio, en que se hace necesaria entre nosotros una esplicacion formal y una resolucion definitiva. Tú siempre has rehusado entrar de lleno en cuestiones que te conciernen, y hoy, mal que te pese, me oirás y me contestarás con entera franqueza.

El tono grave de Alejandrina, su ademan severo y la mirada serena y digna de sus hermosos ojos, intimidaron en cierto modo al doctor, que se preparó á escuchar sin contestar una sola palabra.

Alejandrina, con voz reposada y dulce, continuó:

—Si accedí me acompañases á España y si te he consentido á mi lado bajo ese disfraz, ha sido siempre con la esperanza de que viendo y tratando á tu esposa, llegarías otra vez á quererla, y te unirías á ella recobrando tus derechos; pero esta noche me he convencido de que este deseo se ha hecho imposible, ¿no es cierto?

—Ciertísimo; ni yo puedo vivir con Guillermina, ni ella sería feliz conmigo, puesto que ama al conde.

—¿Y este convencimiento te ha hecho ofrecerle la partida de defuncion?

—Sí; se la ofrecí con ánimo de dársela.

—¿Y tendrás valor para romper de una vez el lazo que te une á esa muger angelical?

—Tal creo; no sé si vacilaré en el momento de la prueba á que me sometes con una crueldad sin ejemplo.

—¿Luego la temes?

—No por cierto; estoy pronto á darte cuantas exijas de mí.

—Yo por mí no exijo ninguna; quiero solamente asegurar tu felicidad.

El doctor se estremeció; la severa y orgullosa voz de Alejandrina no demostraba la menor emocion, y lo que quizá creia una prueba de amor, iba á ser un desengaño horrible.

—¿Y haciéndome pasar por tan duro trance, te imaginas asegurar mi dicha? exclamó dirigiéndola una mirada en que se reflejaba todo el fuego sombrío de su insensata pasion.

Alejandrina, sin inmutarse, la sostuvo y le dijo:

—Figúrome que, si viendo á tu esposa, á tu hijo y al hombre á quien vas á confiar sus destinos, no sientes despertarse tus sentimientos y conmoverse hondamente tu corazon; si en aquel momento no tiembla tu mano, y rompiendo el lazo que á ellos te une, les entregas el documento que atestigua tu muerte, en este caso ya no tengo que temer por tí, serás feliz lo mismo léjos de ellos, que cerca; mas como aun no conoces á tu hijo, no sé si las cuerdas de tu alma vibrarán á su encuentro.

El doctor bajó la cabeza, sintiendo un dolor agudo en el corazon; desde que sabía la llegada del jóven Lúcas, estaba inquieto, sin poder esplicarse la estraña emocion que le dominaba.

—¿No me contestas? le preguntó Alejandrina.

—¿Y qué he de decir á una cosa que ignoro? mañana te lo diré..... despues de las doce.

—¿Entonces estás resuelto?

—Sí, completamente resuelto.

Alejandrina abrió el secreter, y buscando un papel entre otros muchos, se le dió y le dijo:

—Toma pues, entrégasele; y no te quejes si un dia anhelas la felicidad que hoy rechazas.

—¿Tú crees que mi dicha existe en el amor de Guillermina? exclamó el doctor tomando el papel y guardándole con impasibilidad en su cartera.

—Creo que todo hombre honrado debiera cifrar su ventura en el cumplimiento de su deber, en la tranquilidad de su hogar, en la paz de su conciencia, y no en seguir tras una ilusion falaz, tras una quimera que nunca ha de ver realizada.

El doctor se irguió vivamente, ofendido en lo mas sensible de su alma, y exclamó perdiendo su reserva y sin ser ya dueño de dominarse:

—Conque ¿es decir que tu corazon permanecerá siempre insensible á mi amor..... á este amor que me enloquece y que tarde ó temprano acabará con mi vida?

—¿Por ventura te he dado yo alguna vez esperanza para que siguieras alimentando esa llama funesta?....

—¡Es verdad!... ¡me olvidaba que tu corazón es de hielo!...

—Te engañas; quizá abrigue una pasión tan grande como la tuya.

—¡Oh! ¿qué dices? exclamó el doctor iluminándose su mirada con un rayo de esperanza.

—Que amo con un amor inmenso..... infinito..... con un amor que hace la desesperación de mi vida y será la causa de mi muerte, porque le ahogo dentro del pecho para que nadie le conozca ni aun el hombre que le inspira.....

—¿Y quién te obliga á tan doloroso sacrificio?

—¡El deber!... jamás por satisfacer una pasión, consentiré en manchar mi conciencia.

—¡Oh! ¡lazo funesto!... murmuró el doctor oprimiendo entre sus manos su pequeña cabeza, porque era tan precipitado el latido de sus arterias, que querían romper sus sienes. El infeliz llegó á imaginarse que Alejandrina le amaba, pero que su orgullo no la permitía aceptar una mano y un corazón que pertenecían á otra mujer.

Preocupada Alejandrina, no pensó jamás que su primo pudiera figurarse semejante cosa, y por eso, dejándose llevar de las sensaciones de su alma, dejó escapar, aunque á medias, aquel secreto, causa de su desventura. Empero no tardó en arrepentirse, porque no quería ni podía confesarle la verdad; entonces y á fin de cortar unas confidencias que pudieran serle perjudiciales, se levantó, exclamando con dignidad:

—Primo mío: estoy algo indispuesta y voy á retirarme; pero antes permite una súplica á mi cariño.

—¡Cuántas quieras!... ¡si mi existencia es tuya!...

—Si de veras me amas, accede á mi ardiente ruego, y en vez de entregar ese documento, descúbrete á tu mujer, reclama en su corazón el lugar que te corresponde y no te abandones á la idea de alcanzar un imposible, porque yo nunca corresponderé á tu pasión, y además entre ambos hay una barrera insuperable.

—¡Quién sabe!... acaso el Señor, compadecido de mi largo martirio, me conceda al fin la recompensa, rompiendo esa barrera.

—¡Jamás! ¡no lo esperes!.... no te seduzca siquiera la idea de una remota esperanza; mi corazón no puede ser tuyo; adios; te suplico de nuevo que no ahogues los sentimientos que la presencia de tu hijo despertará en tu alma; déjate llevar de la impresión que te produzca, y triunfarás de las borrascas de la vida!....

Alejandrina, haciendo con la mano un signo de despedida, desapareció tras la cortina de terciopelo que cerraba la entrada á su dormitorio.

El doctor dijo para sus adentros:

—Lo que yo quiero es triunfar de tu orgullo y de tu corazón; haré que Guillermina se case, que la noticia de mi muerte se esconda, y una vez muerto para el mundo y asegurada la dicha de mi mujer, nos iremos al Brasil, donde podré sin reparo ser su esposo, y gozaré de la envidiable felicidad que estoy anhelando hace quince años!.... ¡Oh! sí; no me queda duda, ella me ama; bien claro lo ha dicho; y si no.... ¿por quién siente esa pasión insensata, que, según acaba de decirme, la consume y acabará con su vida?... A nadie veo que pueda inspirarme sospechas; la indiferente frialdad de Alejandrina para con todo el mundo, es bastante notoria, y aunque tampoco yo puedo lisonjearme de haber recibido ninguna prueba de amor, se comprende muy bien habiéndome manifestado «que le ahoga dentro del pecho para que nadie le conozca, ni aun el mismo que se lo ha inspirado.»

Con esta idea su disimulo y su reserva están perfectísimamente desempeñados; pero no se escapó á mi penetración el secreto de su alma; gracias á Dios, que lo he conocido á tiempo y podré remediar el mal, haciéndola feliz, siéndolo yo, y dejando que Guillermina y el conde lo sean también.

Lo único que me inquieta es mi hijo; ¡ay! ese pobre niño á quien no conozco todavía, y á pesar de esto, siento estremecerse mi alma al solo recuerdo de su nombre!.... Hubiera querido que permaneciese ausente hasta nuestra marcha.... siquiera hasta después de roto este lazo, del que depende mi libertad y mi dicha.

Y luego Alejandrina quiere probarme, y me ha exigido que en su presencia entregue la partida de defunción; acaso se figura que

la emocion vá á descubrirme, y que no tendré valor para romper un lazo, cuyo nudo mas estrecho es ese hijo querido; pero yo sabré convencerla, yo la haré ver que el amor inmenso que me devora, es tan grande, tan infinito, que se sobrepone á todos los sentimientos, á todas las mas puras afecciones de mi corazon; la daré una prueba mas sacrificándola mi paternal afecto.

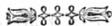
Está resuelto; ¡ea! valor, preparémonos esta noche, y mañana á las doce en casa de Guillermina. ¡Veremos quién triunfa!.... ¡veremos quién es mas valiente!.... si ella ocultando tanto tiempo su amor, ó yo dándola cada dia de él nuevas, costosas y repetidas pruebas.

Abismado en estas reflexiones el doctor negro, ó llamándole por su verdadero nombre, Lúcas de Mendoza, salió del palacio, montó en el coche que le aguardaba y se dirigió á la colonia de Santa Clara; encontrando á su llegada en el pabellon del jardín la escena que hemos referido en el capítulo xxiv, teniendo la doble satisfaccion de ver el arrepentimiento de fray Severo y la completa curacion de la interesante Rosa-Pálida, que recobró á un mismo tiempo su salud, sus hijos y su fortuna.

Sin embargo de que tan graves acontecimientos eran suficientes para distraerle, no por ellos dejó de pensar en el asunto que le preocupaba tan hondamente.

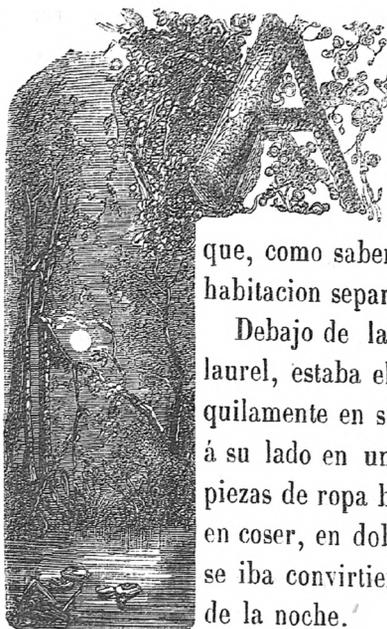
En el espacio de algunas horas se habia transformado la sola idea de que su amor era correspondido: tornó su fisonomía, de dura y grave que antes era, en dulce y apacible; de sus ojos desapareció la egoista frialdad que le hacía mirarlo todo con aquella helada indiferencia, con aquella notable impasibilidad que llegó á formar la base de su carácter.

Al abrir su corazon á la esperanza, sufrió en su modo de ser y de sentir un cambio radical; vislumbraba entre rosadas nubes un porvenir muy lisonjero, y el infeliz se durmió al plácido murmullo de sus funestas ilusiones.



CAPITULO III.

Determinacion.



Al anochecer de aquel mismo día que Clodomiro llegó á la colonia de Santa Clara, estaba reunida en el jardín toda la familia de Adalberto, escepto Rita con sus hijos, que, como saben nuestros lectores, ocupaban una habitacion separada.

Debajo de la opulenta copa de un magnífico laurel, estaba el anciano Adalberto sentado tranquilamente en su ancho sillón de roble. Carmela á su lado en una sillita pequeña, repasaba unas piezas de ropa blanca, ocupándose, mas bien que en coser, en doblarlas, porque la luz crepuscular se iba convirtiendo en el triste y oscuro crespón de la noche.

Tránsito, de pié, á corta distancia de ellos, hablaba con su hermano Clodomiro, intentando disuadirle de una determinacion que habia tomado.

El orgulloso primogénito de D. Alvaro Perez debió sufrir mucho en el trascurso de aquel larguísimo día en que hubo de ad-

quirir la costosa convicción de su desgracia, porque su rostro estaba pálido, y en la espresion de su fisonomía se notaba una mezcla de mal humor y de coraje imposible de definir; su gesto era tan desagradable y su incomodidad tan manifiesta, que no podia menos de formar un marcadísimo contraste con el angélico semblante de su hermana; pues aunque melancólico, resplandecía en él una fuerza de magnanimidad admirable, una pureza de resignacion que encantaba.

En sus ojos brillaba la bondad y la calma, sentia los males de su familia, y hubiera sacrificado gustosa su existencia con tal de evitarles aquella cruel afrenta que habia echado por tierra todo su orgullo, ofreciéndoles en cambio una dolorosa expiacion.

—Pero, ¡hermano mio!... ¿será posible que nos dejes? esclamaba con un acento lleno de infinita ternura.

—¿Qué quieres que haga aquí?... yo no puedo acostumbrarme á esta vida, propia únicamente para las imaginaciones apagadas, para los corazones que ha helado el frio de la vejez.

—¿Cómo calificas entonces el mio?....

—¡Oh! ¡tú eres una santa!... tú te hallas bien en cualquier parte, á fuerza de hallarte mal en todas, porque tu sitio no está en este mundo; tú mereces habitar con los ángeles, tus hermanos, ese hermoso cielo, de donde has bajado sin duda alguna. Por eso no debes comparar tus sentimientos con los míos, ni interrumpir la marcha de mis ideas, porque me harías un daño cruel.

—Conque ¿entonces no hay remedio? ¿tenemos que resignarnos á perderte, á ver que, como mamá y como la pobre Cristina, desapareceis en ese mundo borrascoso, sin que sepamos á dónde os llevan sus revueltas olas?

—Esta es la ley de la naturaleza: bogar sin descanso en el océano del mundo, y hallar un sepulcro por término á nuestra carrera; déjame, pues, que siga mi destino.

—¿Y dónde irás, infeliz, sin recursos y careciendo de la inteligencia necesaria para ganar tu subsistencia decorosamente?

—Ya los buscaré; pierde cuidado, que no pienso morir de hambre.

—Si nada has aprendido, si nada sabes..... criatura.

—¿Te parece á tí que, aunque supiera, tendria la fortaleza suficiente para trocar mi palacio por una cabaña, y mis hábitos aristocráticos por los de un obrero soez?

—Y cuando no hay otro remedio, se adoptan con resignacion los cambios que nos ofrece la fortuna veleidosa; ¡no ves cómo yo he vestido este humilde trage, dejando sin pesar los terciopelos y las blondas?

—Ya he dicho que no hablemos de tí; tú eres una escepcion, tú has sido como la flor que brota en un erial, mientras nosotros nacimos cardos y tenemos que morir cruzados de agudas espinas.

—¡Ay, hermano mio!..... tu suerte me inquieta, me estremece; preveo que si tus ideas no toman otro giro, has de ser mucho mas desgraciado que lo que eres hoy.

—¡Imposible! ¿hay mayor desgracia que la mia?... me veo agobiado por la vergüenza, por el horrible sarcasmo de ese populacho soez, por el desprecio de los que se llamaron mis amigos, y me encuentro sin dinero, sin posicion, sin fortuna y sin honra, ¿qué mas quieres?... ¿hay otra desgracia que arrojar sobre mi frente?... Vamos, habla..... Si hay un hombre mas desgraciado que yo, que se presente.

Los ojos de Clodomiro al decir esto chispeaban de furor, un temblor nervioso recorría sus miembros y chocaban sus dientes con un castañeteo convulsivo.

La pobre Tránsito le miraba aterrada sin saber qué contestar, cuando Adalberto se levantó, y apoyándose en su nudoso baston, se acercó á sus nietos y dijo á Clodomiro con voz magestuosa y grave:

—Y en medio de todas esas desgracias que te abruman ¿tienes tranquila la conciencia?

—Sí, señor; únicamente puedo reprocharme alguna calaverada sin consecuencias agravantes.

—Entonces exageras tu mala suerte, porque ningun hombre con la conciencia limpia es infeliz; ahora si la manchas sobre los ru-

dos golpes que la adversidad ha descargado sobre tí, entonces podrás conceptuarte verdaderamente desgraciado.

—Eso será segun el modo de pensar de V., que no se parece en nada al de los hombres de hoy día.

—Creo que conmigo convendrán todos los que tengan sentimientos honrados.

—¡Ah! los hombres honrados, en el día son plantas raras que cuesta trabajo encontrar; desengáñese V., la generalidad solo busca riquezas, lujo, apariencias; la pobreza y la miseria causa hastío.

—Duéleme en verdad que tan arraigados se hallen en tu alma semejantes principios, y conozco que mientras un desengaño grande no humille tu orgullosa cabeza, no pensarás de otro modo; así pues, te dejo, sigue tu camino; pero no olvides nunca mis consejos, hijos de la esperiencia y la virtud, dijo Adalberto sentándose otra vez en su sillón.

—Comprendo, hermano mio, que piensas seguir una senda muy perniciosa, y sentiré que el desengaño llegue tarde, dijo Tránsito enlazando las manos y moviendo la cabeza en ademan de profunda tristeza.

—No os canseis, Clodomiro nos desprecia y cuanto le digais es predicar en desierto, exclamó Carmela levantándose y marchando con el cesto de la costura hácia las habitaciones, sin mirar siquiera al jóven, que haciendo un gesto de disgusto, exclamó:

—No he visto personas mas susceptibles que Vds.; todo, hasta mis ademanes los traducen por desprecio.

—¿Y no tienen razon, hermano mio? ¡si ni aun has querido sentarte á la mesa con nosotros!

—Porque estoy enfermo, disgustado!....

—Nosotros te consolaremos; ¡quién te amará mas que tu hermana y tus abuelos!....

La palabra *abuelos* debió irritar á Clodomiro, porque exclamó con mal humor y en concluyente tono:

—¡Ea! déjame, por Dios, te lo suplico; necesito marchar, y marcharé.

—Adios, pues, dijo Tránsito ofendida; nuestras palabras eran so-

lamente un ruego á tu corazón, un llamamiento á tus buenos sentimientos; pero ya que á nuestra voz no responden, quedas en libertad; adios; despídete del abuelo.

Clodomiro se acercó á Adalberto, no con la franqueza y naturalidad que debiera, sino con el encogimiento propio de quien comete una mala acción, y le dijo:

—Doy á V. mil gracias por sus infinitas atenciones, y le ruego me perdone, si no poseyendo el carácter de mi hermana, que se conforma gustosa con esta posición humilde, no puedo aceptar su hospitalidad, ni sus consejos..... Adios, señor; quizá nunca volvamos á encontrarnos en este mundo.....

—Puede ser, caballero, exclamó vivamente ofendido el noble anciano; pues marchamos por distinto camino. Adios; deseo á V. mucha felicidad, y pediré al cielo ilumine su mente con la clara luz de la razón para que le permita ver la estraviada senda que se propone seguir y la que deja atrás.

Como se vé, entre aquellos dos hombres, tan anciano, tan grave y tan honrado el uno; tan jóven, tan orgulloso y tan superficial el otro, no podía haber simpatías.

Se despreciaban mutuamente, y solo pudo contenerlos en los límites del respeto la intercesión de un ángel, la dulce mediación de Tránsito, que con su tierna súplica calmaba la sorda tempestad que durante todo el día estuvo formándose en el ánimo de su abuelo, cruelmente irritado al sentirse llamar *señor* por su nieto, y al ver la indiferencia y el desden con que éste los miraba, efecto de su natural vano y corrompido y de sus perversas inclinaciones, muy semejantes á las de su madre.

Clodomiro, sin añadir una palabra más en contestación á las de Adalberto, se inclinó con galantería y se dirigió á la puerta de salida.

Tránsito le siguió llorando, no sin haber besado con cariñoso respeto la frente de su abuelo, como queriendo compensarle por los desdenes de Clodomiro.

Adalberto, viéndole salir, exclamó:

—¡Se parece á su madre!.... ¡infames!.... no abrigan en sus

corazones ni un sentimiento honrado. Yo no sé cómo de unos padres tan perversos ha nacido Tránsito, esta niña tan pura y tan virtuosa; pero se comprende muy bien: lo mismo que Cristina salió de padres honrados y fué mala, ella ha sido buena, concebida y criada en la maldad. Estos son incomprensibles misterios de la humana naturaleza que no es posible descifrar, y que sin embargo estamos viendo palpables todos los días.

El anciano quedó un instante pensativo; luego, apoyándose en su grueso baston, se levantó y fué al encuentro de Tránsito; acaso temia la hiciesen impresion los perniciosos consejos de su hermano.

Efectivamente Clodomiro la decia:

—Yo no sé, hermana mia, cuál es tu idea al encerrarte aquí entre unas gentes rústicas y sin educacion.

—No digas eso; me hacen padecer tus espresiones, cuando tienden á rebajar á nuestros abuelos, unos ancianos tan venerables y tan dignos de ser amados.

—Nunca diré otra cosa; los miro con desden porque se hallan en una esfera mas baja que aquella en que me he criado.

—Pero hoy están mas altos que nosotros.

—¡Ellos!.... ¡tú estás loca!.... para mí siempre serán unos mendigos miserables, que viven de la limosna que les arroja esa muger orgullosa que nos ha sumido en la desesperacion y en la desgracia.

—¡Y si nuestros padres eran culpables!....

—¡Culpables!.... yo no lo creo; habrá sido una calumnia, y estraño mucho que tú, su propia hija, te atrevas á dar crédito á nuestros enemigos, acusando á los que te dieron el sér; mejor sería que te vinieras conmigo, y fuéramos á buscarlos; hoy que son desgraciados, necesitan los consuelos y las atenciones de sus hijos.

Tránsito, al escuchar estas palabras, se sintió vacilar, y hubiera sido muy funesto para ella el seguir escuchando á su hermano; pero en aquel momento se presentó el anciano, cuya sola presencia bastó para alejar precipitadamente á Clodomiro, que dando á su hermana el último abrazo, la dijo:

—Adios; si mis planes se realizan, volveré por tí; y se alejó, perdiéndose á poco á lo largo de una calle de árboles.

Adalberto, que habia oido sus últimas palabras, conociendo que no podian menos de haber impresionado á la jóven, la dijo:

—Si tu madre necesita los consuelos de su hija, que venga á buscarlos aquí; que reclame el perdon de sus culpas, y encontrará abiertos, no solo tus brazos, sino los nuestros y nuestra bendicion paternal.

—¡Ah! ¡tiene V. razon, padre mio! perdon, perdon para mí, porque he sentido en mi alma un momento de indecision, dijo la niña arrojándose anegada en llanto en los brazos de su abuelo.



CAPITULO IV.



Continúa el anterior.



LEGÓ Clodomiro á Madrid con el alma llena de hiel y la cabeza hecha un volcan, no pudiendo convencerse de que fuera verdad aquella horrible desgracia que le habia herido en medio del corazon.

Embebido en sus reflexiones, fué marchando maquinalmente por las calles de Madrid hasta que se encontró, sin saber cómo, á la puerta de su palacio.

Alzó la cabeza y vió las puertas y las ventanas cerradas; no intentó llamar, sino que, moviendo la cabeza con aire abatido, exclamó en su interior:

—¡Ay! me parecia una negra ilusion esta desventura que me abrumba, y he querido convencerme de la verdad viniendo á cerciorarme á mi misma casa. ¡Ah! ¡cuán duro es no poder entrar en esas lujosas habitaciones que pertenecieron á mis padres y donde se ha mecido gozosa mi infancia y mi juventud!.... Y no sé qué hacer; son las diez de la noche

y no tengo donde recogerme; si voy á casa de algun amigo, dirá que no me conoce. Es claro: al que cae precipitado por la fatalidad al abismo sin fondo de la miseria, todos le vuelven la espalda, y los que un día le dieron la mano, le dan luego con el pié.

Clodomiro, sin poder separarse de aquel palacio fatal, al que tenia tanta afición, se paseaba embebido en sus sombríos pensamientos á lo largo de la fachada principal, sin que llamase la atención, porque la calle era solitaria y oscura.

Pocos días antes se hubiera encontrado quizá con su propia madre, cuando acudió allí á pasar la noche, y que tan fatal la fué; pues tuvo que escapar sin conseguir el apetecido descanso y dejando tras sí un nuevo crimen, del que sin duda alguna fué ella la causa.

Empero, el jóven ignoraba este acontecimiento, como ignoraba tambien el paradero de su madre y de Cristina; sobre todo á esta última se hubiera alegrado encontrar, porque era jóven, hermosa, dotada de muy buen talento, y de un humor alegre y divertido, con lo cual, unidos los dos habrían pasado mejor la vida.

Su padre sabía que estaba preso, y se resolvió visitarle al día siguiente; entre tanto se propuso averiguar dónde paraba su hermana.

—¡Oh! Cristina, no me queda duda, decia, debe estar con Temistocles; ellos se amaban, y no creo los haya separado esta desgracia; acaso mi hermana, mas previsora que yo, habrá buscado refugio en sus brazos antes de que descargase la tormenta. ¡Ea! me decido, voy á casa de Temistocles.

Diciendo esto, echó por la calle abajo, dirigiéndose á la plazuela del Progreso, donde su amigo tenia el alojamiento. Llegó á la casa, subió al cuarto principal, y llamando, salió á abrir la patrona, á la que ya conocia Clodomiro; y era una viejecita pequeña, regordeta y muy emperifollada.

—¡Ay, señorito!.... ¿es V.?.... ¡cuánto me alegro verle!.... pero pase V.; así me contará qué son todas esas cosas que dicen de la familia de V.

—¿Qué ha de ser, señora? calumnias, puras calumnias; pero ya se sabrá la verdad y serán castigados nuestros enemigos.